



*José María Gabriel y Galán*  
**NUEVAS CASTELLANAS**

Comentario [LT1]:

índice:

Las repúblicas  
Los sedientos  
Treno  
El barbecho  
Noche fecunda  
¡Trisca, vaquerillo!  
¿Qué tendrá?  
Las sementeras  
Canto al trabajo  
Mi música  
La montaña  
Un don Juan  
Los dos soles  
El arrullo del Atlántico  
La balada de los tres  
Ana María (Fragmentos de un poema)  
A correo vuelto (Al poeta José Rodao)  
La «Galana»  
El amo  
Canción  
Dos nidos  
La tregua

---

## LAS REPÚBLICAS

### I

He admirado el hormiguero  
cuando henchían su granero  
las inúmeras hormigas.  
He observado su tarea  
bajo el fuego que caldea  
la estación de las espigas.

Esquivando cien alturas,  
y salvando cien honduras,  
las conduce hasta las eras  
un sendero largo y hondo  
que labraron desde el fondo  
de las lóbregas paneras.

Y en hileras numerosas,  
paralelas, tortuosas,  
van y vienen las hormigas...  
La vereda es dura y larga,  
pesadísima la carga  
y asfixiantes las fatigas;

mas la activa muchedumbre,  
sobre el hálito de lumbre  
que la tierra reverbera,  
senda arriba y senda abajo,  
se embriaga en el trabajo  
que le colma la panera.

Son comunes los quehaceres,  
son iguales los deberes,  
los derechos son iguales,  
armoniosa la energía,  
generosa la porfía,  
los amores, fraternales.

Si rendida alguna obrera  
por avara no subiera  
con la carga la alta loma,  
la hermanita más cercana,  
con amor de buena hermana,  
la mitad del peso toma.

Nadie huelga ni vocea,  
nadie injuria ni guerrea,  
nadie manda ni obedece,  
nadie asalta el gran tesoro,  
nadie encienta el grano de oro  
que al tesoro pertenece...

He observado el hervidero  
del innúmero hormiguero  
en sus horas de fatigas...  
Si en los ocios invernales  
sus costumbres son iguales,  
¡son muy sabias las hormigas!

## II

He observado la colmena  
al mediar una serena  
tarde plácida de mayo.  
La volante, la sonora  
muchedumbre zumbadora  
laboraba sin desmayo.

¡Qué magnífica opulencia  
la de aquella florescencia  
de los campos amarillos!...  
Madreselvas y rosales,  
agavanzos y zarzales,  
mejoranas y tomillos...

Todo vivo, todo hermoso,  
todo ardiente y oloroso,  
todo abierto y fecundado:  
los perales del plantío,  
los cantuesos del baldío,  
las campánulas del prado...

Y en corolas hechiceras,  
y en pletóricas anteras,  
y en estilos diminutos,  
y en finísimos estambres,  
van buscando los enjambres  
las esencias de los frutos.

Y los finos agujones  
en robadas libaciones  
van llevando a los talleres  
lo mejor de la riqueza  
que vertió Naturaleza  
por los términos de Ceres.

Zumba el himno rumoroso  
del trabajo fructuoso  
con monótona dulzura:  
las obreras impacientes  
salen y entran diligentes  
por la estrecha puerta oscura.

Las que dentro descargaron  
las esencias que libaron,  
palpitantes aparecen,  
vuelo toman oscilante  
y en la atmósfera radiante  
volteando desaparecen.

Las que tornan presurosas  
con sus cargas deliciosas  
de ambrosías y colores,  
no parecen volanderas  
juiciosísimas obreras,  
sino aladas lindas flores.

No se estorban ni detienen  
las que ricas de oro vienen,  
las que en busca van del oro...

Unas liban y acarrean,  
otras labran y moldean,  
¡todas hinchen el tesoro!

Y hacinados en los cienos;  
expulsados de los senos  
del alcázar del trabajo,  
los cadáveres viscosos  
de los zánganos ociosos  
se corrompen allá abajo....

### III

Cosas buenas he aprendido  
contemplando embebecido  
resbalar por la hondonada  
la sonora algarabía  
de la alegre pastoría  
que despunta la otoñada.

¡Qué bien suenan sobre fondo  
de quietudes, dulce y hondo,  
el latir de rancos perros,  
el vibrar de los silbidos,  
el clamor de los balidos  
y el runrún de los cencerros!

Y cayendo sobre el coro  
como lágrimas de oro  
de la vida natural,  
¡qué amorosas complacencias  
desparraman las cadencias  
de la gaita del zagal!

Blandamente resbalando  
las ovejas van pasando;  
paz y hierba van paciando;  
los bocados que una deja  
son bocados de otra oveja  
que a la hermana va siguiendo.

Los corderos baladores  
van en grupos triscadores  
asaltando los repechos,  
coronando los cerrillos,  
despuntando los tomillos  
y brincando los helechos.

Y el que topa con la ubre  
o a lo lejos la descubre,  
bala y corre hacia la oveja,  
se arrodilla tembloroso,  
llena el cuajo, trisca airoso  
y esponjándose se aleja.

En la honrada pastoría  
cada amante madre cría  
su corderuelo querido...  
¡No hay cordero destetado  
porque lo haya abandonado  
la madre que lo ha parido!

Venerable pastor viejo  
con zamarra de pellejo  
de los muertos recientes,  
siempre atento vigilando  
el rebaño va guiando  
por los buenos pastizales.

Como abuelo que a su niño  
lleva en brazos con cariño,  
rebotante de placer,  
el silvestre viejo austero  
lleva al trémulo cordero  
que ha acabado de nacer.

Los zagales silbadores,  
los ingenuos tañedores  
de la gaita cadenciosa,  
viendo van las avanzadas  
y alegrando con tonadas  
la piara rumorosa.

Y librándola de robos  
de raposas y de lobos,  
van retándolos a muerte  
dos mastines corpulentos,  
con ojos sanguinolentos,  
paso grave y pecho fuerte.

El pastor es cuidadoso,  
el otoño es amoroso,  
son alegres los rapaces,  
las ovejas obedientes,  
los mastines muy valientes  
y los campos muy feraces...

Han gozado mis pupilas  
la visión de las tranquilas  
ovejitas resbalando...  
Paz y hierba van paciando,  
dulce vida van viviendo,  
grata huella van dejando...

.....  
Esta vida que vivimos  
los que reyes nos decimos  
de este mundo engañoso,  
no es la vida sabia y sana...  
¡Ay! ¡La república humana  
me parece la peor!...

## Los sedientos

I

Vagando va por el erial ingrato,  
detrás de veinte cabras  
la desgarrada muchachuela virgen,  
una broncea enflaquecida estatua.  
Tiene apretadas las morenas carnes,  
tiene ceñuda y soñolienta el alma,  
cerrado y sordo el corazón de piedra,  
secos los labios, dura la mirada...

Sin verla ni sentirla,  
la estéril vida arrastra  
encima de unas tierras siempre grises,  
debajo de unas nubes siempre pardas.  
Come pan negro, enmohecido y duro,  
bebe en los charcos pestilentes aguas,  
se alberga en un cubil, viste guiñapos,  
y se acuesta en un lecho de retamas.

No sueña cuando duerme,  
no piensa cuando vela desvelada;  
si sufre, nunca llora;  
si goza, nunca canta,  
y vive sin terrores ni deleites,  
que no la dicen nada  
ni los fragores de las noches negras,  
ni los silencios de las noches diáfanas,  
ni el rebullir del convecino sapo,  
ni los aullidos de la loba flaca  
que yerra sola venteando carne  
de chivos y de cabras.

Nunca sintió las alboradas tristes,  
nunca sintió las bellas alboradas,  
ni el ascender solemne de los días,  
ni la caída de las tardes mansas,  
ni el canto de los pájaros,  
ni el ruido de las aguas,  
ni la nostalgia del rumor del mundo,  
ni los silencios que el erial encalman.

Su padre fue el pecado;  
su madre, la desgracia,  
y otra pareja infame  
de carne estéril y de infames almas  
la robó de la cuna de los huérfanos  
con hórrida codicia calculada.  
El mirar de sus ojos ofendidos  
por el erial resbala  
como el osado pensamiento humano  
que osa escrutar los reinos de la nada.

Ciegos los ojos, sordos los oídos,  
la lengua muda y soñolienta el alma,  
vagando va por el erial escueto

detrás de veinte cabras  
que las tristezas del silencio ahondan  
con la música opaca  
del repicar de sus pezuñas grises  
sobre grises fragmentos de pizarras.

## II

Al otro lado del sereno río  
que el borde del erial lavando pasa,  
Naturaleza derramó unos montes  
donde hay rumores que el oír regalan,  
donde hay ambientes que la sangre sedan,  
donde hay perfumes que el cerebro embargan,  
donde hay salud que vigoriza el cuerpo  
y paz muy honda que equilibra el alma,  
luz de torrentes, música a raudales  
y un sordo hervir de vigorosa sabia  
que en los pimpollos se resuelve en yemas  
y tronco abajo se desliza en lágrimas,  
cogüelmo de la vida que revierte  
de la tierra otra vez en las entrañas.

Por esos montes que robusto crían  
todo lo vivo que en sus senos guardan,  
vaga un hermoso zagalón impúber  
detrás de veinte vigorosas cabras  
cuyas duras pezuñas no repican  
sobre estériles lechos de pizarras  
pues tiene el monte alfombras  
espléndidas y blandas,  
musgo de terciopelo en los peñascos  
y tréboles de seda en las cañadas.

Borracho de salud vaga por ella  
el alegre zagal de vida errática.  
Con la inconsciencia de los niños piensa,  
con el vigor de los cabritos salta,  
con la lujuria del boscaje crece,  
con la alegría de la alondra canta.

Él es el limo de las tierras vírgenes,  
él es promesa de las tierras áridas,  
él es estrofa del amor dormido,  
él un vaso de savia  
que en abundancia de cogüelmo rico  
rebosará mañana.

Y entonces el salvaje solitario  
clavará las pupilas dilatadas  
en la virgen sedienta  
del páramo sediento que la mata,  
y sediento de amor, ebrio de vida,  
desnudos cuerpo y alma,  
querrá cruzar el espumoso río,  
querrá posar en el erial la planta,  
querrá quebrar en el trabajo el cuerpo,  
querrá dormir en el amor el alma...

¡Hombres de la cultura!,  
tended un puente sobre aquellas aguas...,  
que se acerquen los hijos de los hombres,  
que se junten los hatos de las cabras,  
¡que del monte feraz pasen al páramo  
del amor y el trabajo las sustancias!

#### Treno

Tengo el alma serena  
para toda amenaza de catástrofe;  
la tengo muda y sorda  
para voces de amores que me llamen;  
la tengo seria como un campo yermo;  
quieta la tengo como aquel cadáver  
de quien yo no creí que fuese tierra  
porque era el de mi madre.

El que ve lo que vi cuando era mozo  
que amor disuelto apellidé a la sangre  
y eterno soñé al tiempo  
para besar la frente de la imagen,  
¿qué puede ver que le sacuda el alma  
ni al cuerpo un grito de dolor le arranque?

Rayo de la tormenta:  
podrás romperme pero no espantarme;  
volcán rugiente que escupiendo fuego  
me enseñas el abismo de tu cráter;  
sierra que te derrumbas  
y ante las puertas de mi casa caes;  
río que te desbordas  
y azotas de mi casa los umbrales;  
huracán que su techo le arrebatas;  
muerte que rondas mi olvidada calle...  
¡qué pequeños sois todos, qué pequeños,  
y mi dolor qué grande!

Y vosotros también, hombres perversos,  
que me herís con salivas el semblante;  
y vosotros también, hombres amigos  
que a la vida feliz queréis tomarme  
con la ambrosía de la humana gloria,  
miel al beber y al digerir vinagre...,  
me herís los unos con estéril saña,  
porque herís a un cadáver;  
lucháis los otros con afán estéril  
porque nadie logró que el mundo hable.

Sólo podrá moverme,  
desde la noche de la gran catástrofe,  
la voz de Dios gritándome: «¡Hijo! ¡Hijo!  
¡Respóndele a tu padre!»



### El barbecho

¿Dónde irá sola Teresa  
por la senda que atraviesa  
los barbechos? ¿Dónde irá?  
¿Qué tendrá, que así suspira?  
¿Qué tendrá, que apenas mira  
las aradas? ¿Qué tendrá?

¿Por qué con más gentileza  
llevó sobre su cabeza  
la blanca cestita ayer?  
¿Por qué le dijo a su madre:  
-Madre, que está lejos padre  
y he de tardar en volver?

Su madre ayer le decía:  
-Hija, que no es mediodía...  
¿No ves el sol en la torre?  
-Madre, ¿el sol no se equivoca?  
-¡Jesús, qué cosa tan loca  
de muchacha!... ¡Corre, corre!

Y alegre y ligera vino  
por ese mismo camino  
que parte en dos el barbecho;  
llevaba luz en los ojos,  
risas en los labios rojos,  
gozos en el alto pecho.

Cantaba las melodías  
que el sol de los buenos días  
inspira a las castellanas  
e inspira a los castellanos  
cuando se vierte en los llanos  
de las abiertas besanas.

Y las alondras terrosas  
sus oídos, codiciosas  
al dulce cantar abrieron,  
y sobre el surco posadas,  
con pupilas asombradas,  
pasar a Teresa vieron.

Hoy pasa muda y sombría...  
«Hija que ya es mediodía»,  
dijo tres veces su madre.  
«¡Jesús, madre, qué inoportuna!  
¡No tengo prisa ninguna,  
que no está muy lejos padre!»

Moza: ¿por qué esas mudanzas?,  
¿no tiene hoy lontananzas  
los bellos ojos de ayer?  
¿No te pide melodías  
el sol de los buenos días  
en la besana al caer?

¿No te dio un beso tu madre?

¿No vas a darle a tu padre  
besos y pan en la arada?  
¿Hoy no hay alondras terrosas  
que te escuchen codiciosas  
la vagabunda tonada?

Camino vas del barbecho  
con un secreto en el pecho  
que yo conozco, Teresa...  
No pienses que soy un duende  
porque mi mente comprende  
lo que en el pecho te pesa.

Allá en aquella hondonada,  
hay una tierra ya arada  
que estaba ayer sin arar...  
Solos tú y yo hemos sabido  
que a arar el gañán se ha ido  
a otro lado del lugar.

Descansa un rato, Teresa,  
que yo bien sé cuánto pesa  
lo que llevas en el pecho,  
y sé cómo caminamos  
cuando la carga llevamos  
hacia el contrario barbecho.

No te sonrojes, hermosa,  
que no es una extraña cosa  
ni es pecadora mudanza  
que el sol te parezca oscuro,  
pesado el ambiente puro,  
ceñuda la lontananza,

pálidas tus melodías,  
tristes estas gañanías,  
áridos estos senderos...  
y hasta el querer de tu padre  
y hasta el apego a tu madre  
más borrosos, más someros...

¿Qué es el barbecho, Teresa?  
Si amor no está en él, confiesa  
que barbecho es un erial;  
mas si algo dice en el pecho  
que anda amor por el barbecho...  
¡barbecho es huerto edenial!

#### Noche fecunda

I

Ya dejó sus mocedades  
Juan Antonio el de Villalba,  
un roble joven que tiene  
de pardo sayal la cáscara,  
de acero el tronco robusto,

de puras mieles la entraña.

Para que hogar fuese haciendo,  
para que hacienda fundara,  
diole el Destino una esposa,  
diole su padre una vaca.  
Josefa se llama aquélla;  
y ésta Cordera se llama;  
una mujer bien nacida,  
y una vaca bien criada.

Josefa dejó las fiestas  
y hundió en el arca sus galas;  
Juan Antonio dejó el marro,  
y hasta vendió la dulzaina  
a un temprano chavalillo  
que a mocearse empezaba.

¡Y bien sabe Dios del cielo  
que la vendió con un ansia!...  
Pero el casado es casado  
y la dulzaina es dulzaina.

Y así pasaban los días,  
que ya diez meses sumaban;  
Juan Antonio, trajinando;  
Josefa, metida en casa;  
la vaca, creciendo en ubre;  
y el tiempo, dando esperanzas...

## II

Una noche de verano,  
cerca de la madrugada,  
llamó a la gente vecina  
Juan Antonio el de Villalba.  
Al establo acuden hombres  
y mujeres a la sala,  
y en misteriosos encierros  
se truecan ambas estancias,  
y hay misteriosos trajines,  
y misteriosas palabras,  
y prolongados silencios,  
y pasajeras alarmas...  
Y Juan Antonio anda inquieto,  
la frente en sudor bañada,  
desde la sala al establo,  
desde el establo a la sala.

En la cocina un momento  
se sienta, mueve las ascuas  
y reza dos o tres veces  
la Salve que nunca acaba,  
y suda y mira las puertas  
de establo y sala cerradas...  
De repente se oye un grito  
de doliente queja humana  
y un mugido quejumbroso

de lánguida resonancia.  
Luego, un silencio terrible;  
luego, un momento de alarma,  
y otro grito, otro mugido,  
y al fin ruido y voces francas.  
Juan Antonio está aterrado  
rígido como una estatua;  
mira a las cerradas puertas  
que súbito se abren ambas,  
y oye que desde una y otra  
le dicen estas palabras  
uno de los del establo  
y una de las de la sala:  
—¡Dos churros... y *dambos* muertos!  
¡Dos niñas... y vivas *dambas*!

¡Trisca, vaquerillo!

¿Por qué llora el vaquerillo?  
¿Por qué aquella cabrerilla  
del sotillo  
ya es amor de otro chiquillo?  
¡No me causa maravilla!

¿Por qué tan osado eres,  
siendo rapaz de once años,  
que ya quieres  
probar de tales quererres  
que guardan tales engaños?

¿No te ha enseñado Natura  
que toda flor que florece  
prematura  
si da fruto no madura,  
porque en abril envejece?

¿Y no viven más dichosos  
que tus toros reñidores  
y celosos  
los becerrillos nerviosos  
libremente triscadores?

Pues trisca tú, vaquerillo,  
y olvida a la cabrerilla  
del sotillo  
porque tú eres un chiquillo  
y ella no es una chiquilla...

¿Qué tendrá?

¿Qué tendrá la hija  
del sepulturero,  
que con asco la miran los mozos,  
que las mozas la miran con miedo?

Cuando llega el domingo a la plaza  
y está el bailoteo  
como el sol de alegre,  
vivo como el fuego,  
no parece sino que una nube  
se atraviesa delante del cielo;  
no parece sino que se anuncia  
que se acerca, que pasa un entierro...

Una ola de opacos rumores  
sustituye al febril charloteo,  
se cambian miradas  
que expresan recelos,  
el ritmo del baile  
se torna más lento  
y hasta los repiques  
alegres y secos  
de las castañuelas  
callan un momento...

Un momento no más dura todo;  
mas ¿qué será aquello  
que hasta da falsas notas la gaita  
por hacer un gesto  
con sus gruesos labios  
el tamborilero?

No hay memoria de amores manchados,  
porque nunca, a pesar de ser bellos,  
«buenos ojos tienes»  
le ha dicho un mancebo.

Y ella sigue desdenes rumiando,  
y ella sigue rumiando desprecios,  
pero siempre acercándose a todos,  
siempre sonriendo,

presentándose en fiestas y bailes  
y estrenando más ricos pañuelos...  
¿Qué tendrá la hija  
del sepulturero?  
Me lo dijo un mozo:  
«¿Ve usted esos pañuelos?  
Pues se cuenta que son de otras mozas...  
¡de otras mozas que están ya pudriendo!...  
Y es *verdá* que *paece* que *güelen*,  
que *güelen* a muerto...»

Las sementeras

I

Con el relente que le da tempero,  
la madrugada roció la tierra.  
Se siente frío en la besana húmeda;  
el terruño está solo. Ya alborea.  
Lo dice levantándose del surco

la alondra mañanera  
que desgrana en el aire el de sus trinos  
hilo copioso de sonantes perlas.

Ya sale el sol de las mañanas tibias,  
ya sale el sol de las mañanas buenas,  
sol de salud, incubador de gérmenes,  
sol de la sementera.

No tiene más testigos y cantores  
que yo y la alondra en la besana escueta,  
ni más espejos que el regato limpio  
y el rocío en las puntas de la hierba.

Viene triunfante, coronado de oro;  
radiante viene levantando nieblas  
y evaporando el matinal relente  
que parece el aliento de la tierra.

Ya llegan mis gañanes con las yuntas  
canturreando la canción primera  
que les arranca el equilibrio plácido  
del bien venir de la mañana buena.

Rayando los timones el camino,  
y en alto la mancera,  
vienen los bueyes con la cruz que forman  
el yugo y el arado en la cabeza.

Ya escucho golpes secos  
de mazos y de azuelas,  
silbidos cariñosos,  
nombres de bueyes que en besana entran  
y uno que suena compasado ruido  
como de riego de menudas perlas  
al desplegarse el abanico de oro  
de la simiente que los mozos riegan.

Estoy en el repecho  
presidiendo mi hermosa sementera.  
Todo lo escucho con avaro oído:  
el blando hundirse de las anchas rejas;  
el suave rodar hacia los lados  
de la mullida tierra;  
el alentar pujante de los bueyes,  
de cuyos bezos charolados cuelgan  
tenues hilos de baba trasparente  
que el manso andar no quiebra;  
aquel pausado y firme  
posar de sus pezuñas gigantescas;  
el crujir dormilón de las coyundas  
que el yugo pulimentan;  
un aliento de brisa tan suave  
que apenas se menea,  
un hondo y general rumor de vida  
y un ruido sordo de pujante brega.

Y tal como si el alma del terruño  
viniese toda condensada en ella,

la tonada de arar surge solemne  
la tonada de arar al alma llega  
cantando cosas dulces,  
diciendo cosas buenas.

Sus mansas recaídas  
parecen que remedan  
la suavidad de las laderas dulces  
de la ondulada castellana tierra  
o el tranquilo vaivén de los pensares  
que el mar ondulan de las almas serias.

Y a mí también me hablan  
sus lánguidas cadencias  
del bien gozar los apacibles goces,  
del bien llorar las bendecidas penas,  
del buen amor de la mujer fecunda,  
del bien sentir la paternal querencia  
y de un vivir sereno,  
fuerte y seguro, como aquel que llevan,  
paso de hierro sobre tierra blanda,  
los mansos bueyes de gigantes fuerzas.

## II

Cruzan el cielo nubecillas tenues  
que parecen blanquísimas guedejas  
cortadas del vellón immaculado  
que dieron en abril las corderuelas.

El sol baña el terruño,  
se ve crecer la hierba  
y huele a tierra húmeda  
cargada de promesas.

¡Qué dulce es presidir desde el repecho  
la propia sementera  
si el cielo es transparente, fresco el aire,  
húmeda y fértil la esponjada tierra,  
el sol templado, la simiente sana,  
robustas las parejas,  
alegres los gañanes,  
la tonada de arar, sentida y lenta,  
sabroso el pan de casa  
y el agua del regato limpia y fresca!

La mente embebecida  
se carga entonces de memorias bellas;  
del lado del hogar me vienen todas,  
que el hogar es el cielo de la tierra,  
la paz de mi vivir me las regala  
y en paz el corazón las paladea.  
¡Aquella del hogar sí que es hermosa!  
¡Aquella sí que es santa sementera!  
También yo la presido,  
también Dios la bendice y la gobierna.  
Dios encendió en el cielo de la vida  
el sol de los amores para ella,

para que al fuego santo  
las almas y las sangres se fundieran.  
Dios le da noches de fecundas horas  
y luengos días de apacibles treguas...  
¡horas sin luz que velen sus misterios  
y horas de sol que sus entrañas templan!

Y Dios, Padre del mundo,  
le da también cosecha  
de frutos vivos que el vivir anudan,  
de frutos bellos que el vivir alegran...

¡Señor, que das la vida!  
Dame salud y amor, y sol y tierra,  
y yo te pagaré con campos ricos  
en ambas sementeras.

#### Canto al trabajo

A ti, de Dios venida,  
dura ley del trabajo merecida,  
mi lira ruda su cantar convierte;  
a ti, fuente de vida;  
a ti, dominadora de la suerte.

Escucha cómo canta  
la oscurísima voz de mi garganta  
lo que tienes, ¡oh ley!, de creadora,  
lo que tienes de santa,  
lo que tienes de sabia y redentora.

Porque eres fuente pura  
que manas oro de la henchida hondura,  
fecunda y rica en mi canción te llamo;  
porque eres levadura  
del humano vivir, buena te aclamo.

Redimes y ennobleces,  
fecundas, regeneras, enriqueces,  
alegras, perfeccionas, multiplicas,  
el cuerpo fortaleces  
y el alma en tus crisoles purificas.

¡Señor! Si abandonado  
dejas al mundo a su primer pecado

y la sabia sentencia no fulminas,  
hubiéranse asentado  
tumbas y cunas sobre muertas ruinas.

Mas tu voz iracunda  
fulminó la sentencia tremebunda,  
y por tocar en tus divinos labios  
tornóse en ley fecunda  
el rayo vengador de tus agravios.

Si de acres amarguras



extraen las abejas mieles puras,  
¿cómo Tú no sacar de tu justicia  
paternales ternuras  
para la humana original malicia?

Fecundo hiciste al mundo,  
feliz nos lo entregó tu amor profundo,  
y cuando el crimen tu rigor atrajo,  
nuevamente fecundo,  
si no feliz, nos lo tornó el trabajo.

¡Mirad, ojos atentos,  
toda la luz que radian sus portentos,  
todo el vigor que en sus empresas late!  
¡No hay épicos acentos  
para cantar el colosal combate!

Mirad cómo a la tierra  
provoca con el hierro a santa guerra,  
desgarrando sus senos productores,  
donde juntos sotierra  
semillas, esperanzas y sudores.

El bosque descuaja,  
las peñas de su asiento desencaja,  
estimula veneros, ciega fosas,  
y el alto cerro cuaja  
de arbóreas plantaciones vigorosas.

Abajo, en la ancha vega,  
trenza el río sereno y lo despliega  
en inúmeros hilos de agua pura  
que mansamente riega  
opulentas alfombras de verduras.

A veces, remansada,  
la detiene la presa, y luego airada  
la despeña en cascadas cristalinas  
con fuerza regulada  
que hace girar rodeznos y turbinas.

Mirad cómo los mares  
abruma con el peso de millares  
de buques que cargó con sus labores,  
y a remotos lugares  
manda de su riqueza portadores.

Mirad cómo devora  
la distancia en la audaz locomotora  
que creó gallardísimas y ligera;  
mirad cómo perfora  
la montaña que estorba su carrera.

Cómo escarba en la hondura  
y persigue el filón dentro la oscura  
profunda mina que el tesoro guarda,  
como la inmensa altura  
va conquistando de la nube parda.

Como el taller agita,  
cómo en el templo del saber medita,  
y trepida en las fábricas brioso,  
y en las calles se agita,  
y brega en los hogares codicioso.

Labra, funde, modela,  
torna rico el erial, pinta, cincela,  
incrusta, sierra, pule y abrillanta,  
edifica, nivela,  
inventa, piensa, escribe, rima y canta.

El rayo reluciente,  
fuego del cielo, espanto de la gente,  
ha tornado en sumiso mensajero,  
que de Oriente a Poniente  
lleva latidos del vivir ligero.

Al padre y al esposo  
les da para los suyos pan sabroso,  
olvido al triste en su dolor profundo,  
salud al poderoso,  
honra a la patria y bienestar al mundo.

Tiempos aún no venidos  
del imperio triunfal de los caídos:  
¡derramad pan honrado y paz bendita  
sobre hogares queridos  
que templos son donde el trabajo habita!

Tiempos tan esperados  
de la justicia, que avanzáis armados:  
¡sitiad por hambre o desquiciad las puertas  
de alcázares dorados  
que no las tengan al trabajo abiertas!

¡Vida que vive asida  
savía sorbiendo de la ajena vida,  
duerma en el polvo en criminal sosiego!  
¡Rama sea o podrida  
perezca por el hacha o por el fuego!

Y gloria a ti, ¡oh fecundo  
sol del trabajador, alegrador del mundo!  
Sin ofensa de Dios, que fue el primero,  
tú el creador segundo  
bien te puedes llamar del mundo entero.

#### Mi música

Naturales armonías,  
populares canturías  
cuyo acento musical  
no es engendro artificioso,  
sino aliento vigoroso  
de la vida natural:

vuestras notas, vuestros ruidos,  
vuestros ecos repetidos  
en ritornelo hablador,  
son mis goces más risueños,  
son el arte de mis sueños,  
¡son mi música mejor!

Rumores que en la alquería  
revientan con alegría  
del dorado amanecer,  
que despierta sonriendo  
las que estuvieron durmiendo  
fuerzas vitales de ayer;

brava música sincera  
de la ronda callejera  
de los mozos del lugar,  
que con guitarras sonoras  
y bandurrias trinadoras  
acompañan su cantar;

alegre esquilón de ermita,  
voz de amores que recita  
la romántica canción;  
ruido de aire que adormece,  
son de lluvia que entristece,  
manso arrullo de pichón;

cuchicheos de las brisas,  
melodías indecisas  
del tranquilo atardecer,  
aletazos de paloma,  
balbuceos del idioma  
que empieza el niño a aprender;

jugueteos musicales  
que modula entre zarzales  
el callado manantial  
cuyo hilillo intermitente  
da la nota transparente  
de una lira de cristal;

melancólicos murmullos,  
sabrosísimos arrullos,  
vibraciones del sentir,  
que la madre en su cariño  
le dedica al tierno niño  
invitándole a dormir;

claro timbre plañidero  
del balido lastimero  
del inquieto recental;  
eco triste del bramido  
del becerrillo perdido  
que sesteá en el erial;

grave zumbar pregonero  
del tábano volandero  
que arrullo en la siesta da;

que murmulla, que se queja,  
que se acerca, que se aleja,  
que retorna, que se va...

hálitos del bosque frío,  
lejano zumbar de río,  
hachazos de leñador,  
explosivos en la sierra,  
eco incógnito que yerra,  
hijo ignoto de un rumor;

suspiro de muda pena  
que no vibra, que no suena,  
pero se siente sonar;  
sollozos del pensamiento  
que solo del sentimiento  
quieren dejarse escuchar;

vuelo sereno de ave,  
ritmo de aliento suave,  
beso que arranca el querer,  
nombre de madre adorada,  
voz de la mujer amada,  
llanto de niño al nacer;

tonadilla peregrina  
que modula en la colina  
la gaitilla del zagal,  
la que vierte blancas notas  
que de miel parecen gotas  
desprendidas del panal;

besos del aura y la parra,  
lágrimas de la guitarra  
latidos del corazón,  
quedas pláticas discretas,  
palabras de amor secretas,  
lamentos de honda pasión;

pintoresca algarabía  
de la alegre pastoría  
derramada en la heredad,  
trajinar de los lugares,  
tonadillas populares,  
tamboril de Navidad;

trino de alondra que el vuelo  
levanta, cantando, al cielo,  
de donde su voz tomó;  
canto llano de sonora  
codorniz madrugadora  
que a la aurora se encoló;

ecos lánguidos que envía  
de la vaga lejanía  
la tonada del gañán,  
que en la tibia sementera

canta y ara en la ladera

que la da trabajo y pan;

dulces coros de oraciones  
suspiros de devociones,  
sollozos de pecador,  
voz del órgano suave  
que llora con ritmo grave  
la elegía del dolor;

popular algarabía  
de la alegre romería  
que ya el valle va a dejar  
con jijeos y cantares  
que en cañadas y encinares  
se repiten sin cesar;

aire quedo de alameda  
que una música remeda  
que el alma nunca entendió,  
una música increada  
que en el seno de la nada  
para siempre se quedó;

manso zumbar de colmena  
que trabaja en la serena  
tarde plácida de abril;  
coro que llena de ruidos  
la de niños que va a nidos  
sonora tropa gentil;

bellas rimas del poeta  
cuya música interpreta  
los arrullos del amor,  
los estruendos de la orgía,  
la calmante poesía  
que hay disuelta en el dolor.

Las injurias de la suerte,  
los horrores de la muerte,  
los misterios del sentir  
y el secreto religioso  
del encanto doloroso  
de la pena de vivir...

Yo os lo dije; vuestros ruidos,  
vuestros ecos repetidos  
en ritornelo hablador,  
son el pan de mi deseo,  
son el arte en que yo creo,  
¡son mi música mejor!

#### La montaña

¡Hablemos, atalaya gigantea!  
Desde tu inmensa altura,  
¿me verás muy pequeño en esta hondura  
del valle estrecho en que mi choza humea?

¿Verdad que para ti somos iguales  
el hombre de la choza  
que, sentado en sus míseros umbrales,  
la gran visión de tus grandezas goza,  
y el último volátil insectillo  
que se posa en el último ramillo  
del árbol más enteco,  
del menos admirado bosquecillo,  
de tu más olvidado recoveco?

¡Es tanta tu grandeza!...,  
tan soberbia tu historia, tan altiva  
levantas y tan alta la cabeza,  
que solo pequeñez, solo pobreza  
verás en lo de abajo desde arriba.

Te engendró trepidando el terremoto,  
¡reina de las montañas!,  
y por la boca del abismo ignoto  
la tierra te parió de sus entrañas,  
rugiendo de dolor su seno roto.

Viniste a la vida,  
no temblando con trémulos vagidos,  
sino cantando la jamás oída  
formidable canción de tus rugidos.  
Y transpiraste en tu alentar inmenso  
soberbias espirales  
que cegaron el éter de humo denso.  
Y tu loca niñez, brava y ardiente,  
envolvióse en pañales  
que eran manto de lava incandescente...

Luego imprimieron sobre ti sus huellas  
los días creadores  
de las fecundas primaveras bellas,  
las que en tierra feraz siembras las flores  
como Dios en el cielo las estrellas.  
Tu ardiente aliento, destructor por fuerte,  
fue brisa luego, de frescura henchida,  
y aquel tu arrollador fuego de muerte  
trocóse en fuego incubador de vida.

Y una robusta juventud briosa  
sembró tus cumbres y cuajó tus faldas  
de lluvia lujuriosa,  
de bosque espumante de guirnaldas.

Enamorada del soberbio nido  
vino a incubar sobre tu haz la vida,  
vino a habitarte el concertado ruido,  
vino a vivir de tu vivir henchido  
toda pareja por instinto unida.

Por tus gargantas hondas  
rodó el torrente flagelando peñas,  
hinchando espumas y mojando frondas;  
erró la fiera entre tus hoscas breñas,  
el cabrero salvaje

incrustó su majada en las risueñas  
orillas agrias del corriente aguaje,  
y alegraron sus cuevas los apriscos,  
y hubo nidos de pluma entre el ramaje,  
y cuevas de reptiles en los riscos...

Y en tus noches ardientes  
te arrullaron graznidos estridentes  
de búhos en el árbol apostados,  
y bramidos dolientes  
de ciervos encelados;  
y te *bañastes* en el mar de oro  
de las auroras puras,  
oyendo el himno del vivir sonoro  
del de las aves incontable coro  
que habitaba tus densas espesuras...

Cantares de cabreros,  
zumbar de regatuelos espumosos,  
balidos lastimeros  
de cabritos nerviosos,  
silbos de águila osada  
que de éter embriagada  
se cierne sobre ti cerca del cielo,  
delineando con redondo vuelo  
el nimbo de tu cresta coronada  
de riscos y de nieve inmaculada...

Todo vivió cantando como pudo  
tu vida fuerte, formidable y ruda,  
de cuerpo virgen ante el sol desnudo,  
y tú, serena y muda,  
como quien todo lo abarcó y lo encierra,  
por el éter sutil ibas rodando  
en tus lomos gigantes soportando  
la mitad de la vida de la tierra.

El bello sol naciente  
siempre el beso primero  
puso amoroso en tu soberbia frente;  
siempre su adiós postrero  
te quiso dedicar el sol poniente...  
¡Con qué gigante majestad rendida!  
os amáis los gigantes de la vida!  
¡Qué pequeño verás desde tu altura  
al hombre de la choza  
que tus regias grandezas canta y goza  
hundido en las honduras de esta hondura!

Eres grande, ¡oh montaña!,  
y rica con espléndida riqueza;  
tienes oro en la entraña  
y corona de plata en la cabeza...  
¡Pero yo soy más grande! ¡Yo más fuerte!  
¡Yo más rico que tú!... ¡Yo he de vencerte!  
No en la entraña metales brilladores,  
ni en la frente coronas temporales:  
¡tengo en el corazón fragua de amores!  
¡Tengo en la frente fragua de ideales!

¿Y qué volcán tuviste tan ardiente  
como el humano corazón que ama?  
¿Ni qué encendida llama  
radiará luz tan pura y esplendente  
como esta que mi espíritu derrama?

¡Tú envejeces! La nieve de tu cumbre  
que ya ha apagado tu pristina lumbre  
me dice que declinas,  
que ya helada caminas  
de tu vivir hacia el helado invierno...

¡Tú tienes que morir! ¡Yo soy eterno!  
Mas ¿para qué conmigo compararte,  
soberbio monstruo inerte,  
si del cogúelmo de mi vida, el Arte  
te está dando una parte  
porque no te confundan con la muerte?

Y, en fin, mole dormida,  
aunque sintieras como yo la vida,  
me envidiaras, sin duda,  
¡porque yo sé cantar y tú eres muda!

#### Un don Juan

Amo, de aquella cuestión  
de ayer, pues ya me atreví.  
—¡Gracias a Dios, cobardón!  
¿Y qué te dijo?  
—Que sí.

—¿Ves, Jenaro? Si te dejo,  
no llegas nunca a animarte,  
y te me mueres de viejo  
con las ganas de casarte.

Me gusta la valentía.  
Y la lengua, ¿se enredó?  
—Pues mire usted, yo creía  
que iba a ser más; pero no.

Y eso que al *dir* a empezar,  
por mucho que porfié,  
pues no me pude acordar  
del *emprencipio* de *usté*.

—¡Por vida de...! ¿Y qué *jinojos*  
hiciste entonces, Jenaro?

—Pues, nada, cerrar los ojos  
y *dir p'alante*.  
—¡Pues claro!

Cuando se ignora, se inventa.  
—Pues ese fue el aquel mío.  
Me tuve que echar la cuenta



que se echa el hombre *perdío*,

y como un eral cerril  
arremetí con alientos,  
porque ya, preso por mil... ,  
pues preso por mil quinientos.

No es más que mientras se empieza.

Yo *cuantís* que me corté,  
pues *na* más de mi cabeza  
*cuasi* todo lo saqué.

—¡Bien hecho! ¿Y le gustaría  
bastante más que lo mío?

—Yo le dije *asín*: «María:  
dirás que a qué habré *venío*.»

—¿Y qué te dijo?

—Que hablara.

Ella bajó la cabeza  
y se le puso la cara  
lo *mesmo* que una cereza.

A mí también se me ardía,  
la *verdá* se ha de decir;  
pero le dije: «María:  
¿sabrás que tengo un sentir?»

—¡Bien dicho! ¿Y no te comieron  
porque hiciste esa pregunta?

—No, pero me se pusieron  
todos los pelos de punta.

Yo *cuasi* que no veía,  
la *verdá* se ha de decir;  
pero le dije: «María:  
¿sabrás que tengo un sentir?»

*Cuasi* que me han *obligao*  
—le dije- a venir acá,  
que yo bien *retuso* he *estao*  
por *mo* de la *cortedá*;

pero el amo, que sabía  
mi sentir, pues ayer tarde  
*mesmamente* me decía:  
«Jenaro, ¡no seas cobarde!

La moza es poco fiestera  
y poco aparentadora,  
y no es moza ventanera,  
y es *árdiga* y vividora.

Y luego, es bien parecía,  
y es *calláita* y prudente,  
y es honesta y recogía,  
y viene de buena gente...

Anda con ella, comienza

mañana a la noche a *dir*,  
que a cuenta de la vergüenza  
te la dejas escurrir...»

Pues sobre aquello volviendo  
del sentir que te decía,  
sabrás que te estoy *quisiendo*  
ya hace tres años, María.

Siempre he *andao* negativo  
dejándolo *pa después*  
y *na* más que es a motivo  
de lo corto que uno es.

Y *asín* me estaba, me estaba,  
aguantándome el sentir,  
a ver si se me pasaba,  
la *verdá* se ha de decir.

Y *hate* cuenta que cada año  
pues más me reconcomía,  
hasta que ya dije hogaño:  
¡Habrà que estar con María!

Porque en habiendo un querer,  
la *verdá* se ha de decir,  
ni *cuasi* puedes comer  
ni *cuasi* puedes dormir.

Y no es el decir que uno  
esté *encitando* el pensar,  
porque yo creo que *nenguno*  
*quedrà* siempre *asín* estar.

Es *na* más que te aficionas  
y que pierdes la chaveta  
en *cuantis* que una persona  
por los ojos te se meta.

Y que ya nadie te apea  
ni te hace volver atrás  
y llevas aquella idea  
por *andiquiera* que vas.

Pues un querer derecho  
como el corazón te ablande,  
es igual que un *abujero*:  
*cuanti* más le hurgas, más grande.

—¡Caramba! ¡Muy bien, Jenaro!  
y ella entonces te diría...  
—A lo primero, pus claro,  
dijo que ya se vería.

Pero *después* ya ve *usté*,  
la gente se va atreviendo.  
Yo le dije: «Volveré.»  
y ella dijo: «*Vay* viniendo.»

—Vamos, sí, que habrá casorio.  
—De eso *entá* no hemos *tratao*.  
Sólo el parlárselo..., ¡*corio!*,  
¡más vergüenza me ha *costao*...!

#### Los dos soles

Vámonos al hastial de la sala,  
vámonos, Francisco,  
que se está que da gloria estos días  
de sol y de frío.  
Y al rincón del hastial soleado  
por tibiezas del sol invernizo  
se van temblorosos  
los dos viejecitos  
con el calendario,  
con el argadillo,  
con las frentes cargadas de tiempo,  
con las venas cargadas de frío.

¡Qué serena la tarde resbala  
por delante de aquel rinconcito!  
¡Las dulces tibiezas  
del sol invernizo  
como alientos del Dios de la vida  
dan calor a los dos viejecitos!

Una dulce modorra süave  
va durmiendo sus torpes sentidos  
al rumor del rozar quejumbroso  
de las vueltas del viejo argadillo,  
que se queja con ritmo de enfermo,  
pañidero, sutil, dolorido...

La tarde es templada  
y el rincón del hastial está tibio...  
Se derrite la nieve en los campos,  
se descubre el verdor del ejido,  
pican las cigüeñas  
la vera del río,  
lavan las muchachas,  
balan los cabritos,  
corren los regatos,  
llora el argadillo,  
y en los montes las lenguas de acero  
de los anchos destrales blandidos  
acompañan su bronca salmodia  
con reflejos estruendos sombríos,  
fragorosos desgarres de ramas,  
roncos tumbos de troncos hendidos...  
¡Allí están los mozos!...  
¡Allí está aquel hijo!...  
Murieron los rayos  
del sol mortecino...  
—Vamos a la lumbre.  
—Vámonos, Francisco.  
Y al rincón del hogar, frío y solo,

se marcharon los dos viejecitos,  
con el calendario,  
con el argadillo,  
temblando de viejos,  
temblando de frío.  
—Ya viene cantando...  
—Ya viene ese hijo...  
Y el hogar apagado y oscuro  
revivió con el mozo fornido,  
revivió con los fuegos sagrados  
del amor y el hogar confundidos...  
Y el viejo a la vieja  
dijole al oído:  
—Tenemos dos soles  
que quitan el frío:  
pa de día, el que alumbra en el cielo;  
pa de noche, ese hijo..., ese hijo...

#### El arrullo del Atlántico

I

En el nombre de Dios canto la vida.  
Era la hora en que la luz esperan,  
para iniciar la cotidiana huida,  
las sombras densas de la noche oscura  
que en el abismo caótico fundieran  
el abismo del mar y el de la altura.  
¡Naturaleza!, cuando estás dormida  
y el alma que te adora  
por nocturno crespón te ve cubierta,  
se finge en su cariño que estás muerta,  
y perdida te llora,  
hasta que luz de aurora te despierta...  
¡Salve, luz creadora!  
Si de la mano del Señor salida  
prístina creación es toda vida  
segunda creación es toda aurora.

Como se abren los pétalos iguales  
de roja minutisa,  
como se abren dos labios virginales  
que quieren bosquejar una sonrisa,  
como deben abrirse a los mortales  
las áureas celosías edeniales,  
así se abrió, purísimo y riente,  
un resquicio de cielo por Oriente,  
y trémulas surgieron e indecisas,  
por el abierto desgarrón del velo,  
tintas crepusculares  
que elevaron la bóveda del cielo  
y abatieron las curvas de los mares.

La musa de los piélagos azules  
que alienta brisas y transpira brumas  
y viste mantos de azulosos tules,  
con encajes purísimos de espumas...

La gran dominadora  
del piélago iracundo donde mora;  
la maga del abismo, que aún dormía,  
movió la linfa, le prestó armonía,  
y este armonioso cántico  
surgió solemne, al despuntar el día,  
del hondo seno del azul Atlántico.

## II

Verdes musas erráticas  
de almas de luz y lirás cristalinas,  
nereidas de pupilas abismáticas,  
sirenas de gargantas peregrinas,  
monstruos del fondo, genios de las olas,  
acres brisas marinas,  
que venís de las playas españolas  
o venís de las playas argentinas...  
Genio de la bonanza, a cuyo arrullo  
trueco mi grito en musical murmullo;  
genio de la borrasca, a cuyo grito  
respondo detonante  
y en hervidero arrollador me agito...  
¡cantad conmigo la ocasión gigante  
con que a los hombres al progreso invito!

Yo soy aquel abismo que separa  
la que el destino poderosa y una  
raza noble creara  
en hispano solar e hispana cuna.  
Yo soy el gran vencido  
del genio humano, que me vio rendido  
bajo frágiles quillas victoriosas  
de audaces carabelas  
que rayaron mis lomos con estelas  
de perennes honduras luminosas.

Hermanas tierras cuyas bellas playas  
ricas de frutos y de flores gayas,  
beso con los gigantes  
labios de mis orillas...  
¡los besos de mis labios son semillas  
que producen cosechas abundantes!

Nobles razas gemelas  
que ardéis en fraternales sentimientos,  
¡ahonde vuestro amor esas estelas  
que han vencido a los siglos y a los vientos!  
¡Tejed, tejed sobre mi haz hirviente  
de nuevos derroteros red tupida  
y engrandecedme bajo el peso ingente  
de pedazos de Patria enriquecida  
que, abatiendo mis lomos en su centro  
dilate mis orillas tierra adentro!

Poderoso Neptuno, que dominas  
las iras bravas de mis glaucas olas  
¡úncelas a las naves peregrinas

que vengan de las playas españolas  
o vengan de las playas argentinas!

¡Enfrena, Eolo, enfrena  
la cuadriga briosa de los vientos  
y fija en popa ordena  
que sople una veloz brisa serena  
que endulce y apresure movimientos!

Y vosotras, nereidas ambarinas  
con luengas cabelleras  
de oscurísimas algas azulinas,  
¡alejad a esas ricas mensajeras  
de escollos y de sirtes traicioneras!  
Y tú también, estrella titilante  
que en mi espejo oscilante  
y en el del cielo diáfano rutilas  
menos que en las pupilas  
de atento navegante:  
tus fulgores purísimos no veles  
con crespones de nubes tormentosas  
que a esos ricos bajeles  
aparten de las vías venturosas.

Y tú, Dios soberano,  
que todo lo creaste y lo gobiernas;  
única augusta mano  
que sabe modelar cosas eternas,  
única idea que en ninguna anida,  
única luz que de la luz no nace,  
origen sin origen de la vida  
que se apaga ante Ti, y en Ti renace...  
Tú el poder, Tú la gloria, Tú la alteza.  
Tú la sabiduría,  
Tú la derecha iluminada vía  
de la humana grandeza,  
bendice el alma de tus pueblos fieles,  
haz que cuajen sus flores  
en frutos áureos de sabrosas mieles,  
pon en su entraña amores,  
lumbre en su inteligencia,  
paz en sus horas, gloria en sus destinos,  
fe pura en su conciencia,  
luz en su oriente y oro en sus caminos.

Tiende sobre mi haz el invisible  
manto de tu poder incontrastable,  
y por seguros derroteros fijos  
bogarán en legión interminable  
tus laboriosos hijos.  
No me ordenes, Señor, que abra mis senos,  
y de tus pueblos fieles  
en ellos precipite los bajeles  
que mi móvil cristal hienden serenos.  
¡Señor! Navegan llenos  
de ricos frutos que crió Natura  
con riegos de rocíos y sudores,  
llevan copia hechicera  
de industriales y artísticas labores,

llevan la luz postrera  
que la ciencia radió, llevan amores...

Hermanas gentes cuya entraña encierra  
sangre y alma españolas:  
¡el cielo es vuestro; sojuzgar la tierra!  
¡Vuestro yo soy; encadenad mis olas!  
Unid mis dos orillas  
con oscilantes puentes  
de regueros longuísimos de quillas  
hinchidas de riquezas y de gentes.  
Y con los brazos en la brega dura,  
en Dios la fe y el corazón en todo,  
gozad el oro en su virtud más pura,  
poned la muerte entre el honor y el lodo,  
sentid el arte en su divina altura,  
buscad la gloria donde eterna sea,  
trocad la ciencia en savia sustanciosa,  
cambiad amor del que deleita y crea...  
¡Vivid la vida en su verdad hermosa!

#### La balada de los tres

I

Ayer por la tarde  
se acabó la fiesta,  
la de San Antonio,  
que es la de mi aldea.

A incienso y a flores  
olía la iglesia;  
la casa, a membrillo;  
la ropa, a camuesas;  
las mozas, a vírgenes,  
y a santas, las viejas.  
¡Qué pronto se pasan  
los días de fiesta!

Ahora está la niña  
lavando en la vega,  
y el alma le hieren  
borrosas tristezas,  
dolientes memorias,  
ternuras patéticas...

Ya guardó en el arca  
la ropita nueva,  
la ropita limpia,  
que huele a camuesas.  
Tamboril y gaita  
ya no la recrean,  
ni de amor alegre  
la sangre le llenan  
los repiques duros  
de las castañuelas,  
lenguas de muchachos

que no tienen lengua  
para hablar de amores  
a las muchachuelas.  
¡Qué sola está el alma!  
¡Qué sola la vega!  
¡Esta tarde se muere la niña,  
se muere de pena!

## II

El mozo está solo  
regando la huerta;  
la huerta está alegre;  
la tarde, serena,  
y al alma del mozo  
le agobian tristezas.  
¡Qué pronto se pasan  
los días de fiesta!  
¡Qué tristes las tristes  
memorias que dejan!  
Ya no luce el mozo  
la voz en la iglesia,  
ni en el ancho ejido  
con los mozos juega,  
ni a la tarde baila  
con las muchachuelas,  
ni a la noche ronda  
la ventana estrecha  
de la casa blanca  
de la fiel morena.

En la vieja arcona  
de la sala vieja  
ya guardó su madre  
la ropita nueva  
con las cintas verdes  
de las castañuelas  
y el de cien colores  
corbatín de seda...  
¡Qué sola está el alma!  
¡Qué triste la huerta!  
¡Esta tarde se muere el muchacho,  
se muere de pena!

## III

Yo ya no soy mozo,  
pero tengo penas  
que parecen cosas  
de la gente nueva.  
Se me van muy pronto  
los días de fiesta.  
La misa cantada  
y el juego en la era  
y el baile en la plaza  
de vida me llenan.



Esta tarde siento  
mortales tristezas,  
ansias dolorosas,  
ternuras patéticas.  
La tarde está sorda,  
sin ruido la aldea,  
desierta la plaza,  
cerrada la iglesia:  
y en la huerta, el mozo;  
la moza, en la vega...  
¡Yo, dos veces solo,  
tengo una tristeza!...  
¡Yo me muero también esta tarde,  
me muero de pena!

Ana María  
(Fragmentos de un poema)

I

La primavera

Una alondra feliz del pardo suelo,  
fue la primera en presentir al día,  
y loca de alegría,  
al cielo azul enderezando el vuelo,  
contábaselo al campo, que aún dormía.

Celosa codorniz, madrugadora,  
dijo tres veces que la bella aurora  
se avecinaba con amable prisa:  
del lado del Oriente  
vino una fresca misteriosa brisa,  
con las alas cargadas de relente,  
y aun en sagrada oscuridad envueltas  
las hojas de los árboles sonaron  
dulcemente revueltas,  
las mieses ondearon,  
y de los senos de la tierra helada  
surgió, vivificante,  
el húmedo perfume penetrante  
que solo sabe dar la madrugada.

¡Cuán bien se disponía  
Naturaleza a recibir el día!  
La línea pura del albor naciente,  
vaga primicia grata  
del de la luz fecundador tesoro,  
primero fue de plata,  
más tarde de oro,  
después encendidísima escarlata,  
roja amapola, y luego  
cegador, chispeante, ardiente fuego.

En medio de la lumbre  
que derretía el encendido Oriente,  
sobre el perfil de la elevada cumbre,

el sol triunfante levantó la frente...  
y a la puerta feliz de la alquería  
asomó al mismo tiempo Ana María.  
¡Gran Dios, bendito seas!  
¡Qué soles, Dios de amor, qué soles creas!

## II

### Ana maría

¿Por qué tan madrugadora  
la rosa de la alquería?  
Porque es una labradora  
castiza y trabajadora  
que siente pequeño al día.

¿Por qué tan pronto romper  
del mañanero dormir  
y del soñar el placer?  
Porque dormir no es vivir  
y soñar no es proveer.

Porque sabe que conviene,  
como le enseña su madre,  
mirar al tiempo que viene...  
¡Por eso tiene su padre  
la buena hacienda que tiene!

Tiene en la alegre alquería  
labor y ganadería,  
con pastos siempre sobrados;  
huertos en la Alberguería,  
y en Hondura casa y prados;

y de su padre heredadas,  
y en su gente vinculadas,  
puede en la Armuña contar  
con cuatro o cinco yugadas  
de tierras de pan llevar,

y, estimulante más grato,  
corren añejas hablillas  
diciendo, no sin recato,  
que tiene zurrón de gato  
lleno de onzas amarillas.

Y aun dice la gente a coro  
que son su hacienda y su oro  
cosas de menos valía  
que aquel divino tesoro  
de su hermosa Ana María.

¡Y dice verdad la gente!  
Pues ¿quién como esta doncella  
promete vida tan bella  
cual la del nido caliente  
que del hogar hará ella?

Del monte en el mundo estrecho  
túvola Dios que poner,  
porque paloma la ha hecho.  
No tiene hiel en el pecho,  
¿cómo ha de darla a beber?

Dará bálsamos calmantes,  
hondas ternuras sedantes,  
cosas del alma sin nombres...  
¡Lo que buscamos los hombres  
del grave vivir amantes!

Natura le dio belleza;  
su madre le dio ternuras;  
su padre, viril nobleza,  
y Dios la humilde grandeza  
que tienen las almas puras.

Los rayos del sol, fogosos,  
cetrina su tez pusieron,  
y los aires olorosos  
de los montes carrascosos  
la sangre le enriquecieron.

Diole el trabajo soltura;  
la juventud, bizarría;  
el buen ejemplo, cordura;  
la sencillez, alegría,  
y la honestidad, frescura.

Con generosa largueza,  
Natura le dio riqueza  
de sustancioso saber.  
¿Qué enseña Naturaleza  
que no se deba aprender?

Que la abeja es laboriosa,  
que la tórtola es sencilla,  
que la hormiga es hacendosa;  
que se esconde, que no brilla  
la violeta pudorosa...

Que las aves hacen nidos,  
siempre solos y escondidos  
en los senos de la fronda,  
porque no es la dicha honda  
buena amiga de los ruidos;

que los ríos y las fuentes  
tienen aguas transparentes  
cuando corren muy serenas...,  
que son limpias las arenas  
y son mansas las corrientes;

y de aquella golondrina  
que ha anidado en la campana  
de la rústica cocina,  
se despierta alegre y trina  
cuando apunta la mañana.

Que las corderas vehementes  
que se apartan imprudentes  
de las madres clamorosas,  
morirán entre los dientes  
de famélicas raposas.

Eso Natura enseñaba  
y eso la moza aprendía.  
Quien era mozo soñaba,  
yo era poeta y cantaba,  
Dios es bueno y bendecía.

### III

Los amores  
Así miraban los mozos  
la alquería solitaria  
como su cueva el avaro,  
como el sediento las aguas,  
como el labriego su siembra,  
como el cabrero sus cabras,  
como los santos la gloria,  
como sus dichas el alma.  
En vano mandó emisarios  
el mozo aquel de Villalba,  
que tiene buena presencia,  
buena hijuela y buena fama.  
En vano mandó memorias,  
por boca de un viejo guarda,  
Tomás, el de Moraleja,  
que ha de disfrutar mañana  
su buena montaracía,  
su no pequeña senara,  
sus buenas yeguas de vientre,  
su buena punta de vacas.  
En vano, como los otros,  
mandó después una carta  
por medio de una pavera  
que está en la dehesa rayana,  
José Manuel, el de Fresno,  
hijo de gente muy sana,  
vividor como una oruga  
y muy metido en su casa.  
En vano aquel estudiante  
que estudiaba en Salamanca  
y a holgar iba en los estíos  
a la solariega casa,  
llegaba hasta la alquería  
contando azares de caza  
que lo llevaban rendido  
buscando descanso y agua,  
y algo más que Ana María  
discretamente callaba.  
Tampoco era el elegido  
Manuel Andrés, el de Navas,  
aquel que yendo a la aceña  
perdió una jornada larga

para que viera la moza  
pasar por ante su casa  
cuatro parejas de bueyes  
que daba gusto mirarlas,  
con dorados esquilonos  
y melenas coloradas;  
cuatro carros muy galanos,  
llevando la rica carga  
de cien fanegas de trigo  
para el consumo de casa;  
costales nuevos, de estopa  
como la nieve de blanca,  
escriños y sacas nuevas,  
alforjas abarrotadas  
y el amo llevando el carro  
que iba rompiendo la marcha.

Todo lo vio Ana María,  
que estaba fuera de casa  
tendiendo al sol unas telas  
como la nieve de blancas,  
y, ni amorosa ni esquivada,  
cuando llegó a saludarla,  
al majito mozo engreído  
le dijo en tono de hermana:  
«Hijo, tienes unas yuntas  
que da contento mirarlas.  
Así quisiera las nuestras,  
pero mi padre me salta  
con que las carnes que sobran  
son garrobitas que faltan.»  
Como este mozo pasaron  
por la afortunada casa  
mozos de toda la Huebra,  
mozos de tierra de Alba,  
madres de mozos hurraños,  
gañanes con embajadas,  
comadres con panegíricos,  
parientes con esperanzas...  
Mas cuando llegaba el caso  
de dar la respuesta ansiada,  
marchábase Ana María,  
su padre no contestaba,  
y sola la pobre madre  
henchir algo procuraba  
la alforja a los emisarios  
con semejantes palabras:  
«Que se agradece el acuerdo;  
que la familia es honrada;  
que el mozo, si sale a ella,  
será un hombre de su casa;  
pero que ahora es una niña  
sin reflexión la muchacha,  
y hay que dejar que se críe,  
que es mucho lo que hace falta  
para enseñarle a una hija  
a ser mujer de su casa.»  
Y así pasaban los meses,  
y así los años pasaban,  
y un vaquerillo que antaño

sirviendo estuvo en Arlanza  
y hogaño estaba en Olmedo,  
trajo de Olmedo una carta  
que recibió Ana María  
y abrió su madre en la sala,  
que no es la cocina sitio  
para secretos de casa.  
Y así la carta decía  
con letras muy retocadas,  
y así, dos meses más tarde,  
la moza le contestaba:

#### Las cartas

1

«Apreciable Ana María:  
Me alegraré que te halles  
al recibo de estas letras  
que te dirige tu amante,  
tan bien como yo deseo,  
en compañía de tus padres,  
pues yo estoy bueno, a Dios gracias,  
pa lo que gustes mandarme.

Pues sabrás, Ana María,  
que el motivo de mandarte  
por el dador esta esquela,  
es porque dice mi madre  
que antes de *dir* a tu casa  
debo de manifestarte  
las intenciones que tengo  
*determinao* de expresarte,  
y son el tratar contigo,  
si son gustosos tus padres,  
y si tú también lo eres  
como este tu fino amante.

Pues el motivo de ello  
sabrás que es el de apreciarte  
y el de casarme contigo,  
si no encontraras achaques  
que ponerle a mi persona,  
como tampoco a mis padres.  
Pues sabrás que a mí me corre  
bastante prisa el casarme,  
por causa de que mi hermana  
por mí tiene que esperarse,  
y el novio le mete prisa  
por mor de no tener madre.

Pues sabrás que yo deseo  
que, *cuantís* puedas, me mandes  
a decir el resultado  
de si todos sois gustantes,  
pues el saber que me quieres  
será un alegrón bien grande,  
pues sabrás que yo te quiero  
ya hace tres años cabales,  
y por ser uno algo corto  
pues no te lo he dicho antes.  
Sin más, les darás memorias  
a tu padre y a tu madre,

y tú recibes el alma  
y el corazón de tu amante,  
que te aprecia y que lo es,  
Juan Manuel Sánchez y Sánchez.»

2

«Apreciable Juan Manuel:  
Me alegraré que recibas  
la presente disfrutando  
de igual salud que la mía,  
en compañía de tus padres  
y de la demás familia.  
Pues sabrás por la presente  
que recibí hace tres días  
la esquila que me mandaste  
diciéndome que te escriba  
mandándote el *resultao*  
de lo que en ella decías.  
Pues sabrás que se lo dije,  
a mis padres en seguida,  
lo cual les ha parecido  
que vienes con mucha prisa,  
y dicen que yo no tengo  
prisas ninguna hoy día.  
Pues sabrás por la presente  
lo mucho que te se estima  
el acuerdo que has tenido  
y el decir que a mí me escribas  
con licencia de tus padres  
y de toda la familia.  
Pues de aquello que tú quieres  
el *resultao* en seguida,  
sabrás que no hemos *pensao*  
el asunto *entodavía*;  
por lo cual no puedo ahora  
darte entrada ni salida;  
pero si vas a Cabrera  
quizás allí te lo diga,  
porque hemos *determinao*  
de *dir* hogaño a la misa  
que va mi padre, a motivo  
de ser de la cofradía.  
Sin más, les darás memorias,  
de parte de mi familia,  
a tu padre y a tu madre,  
y se las das también mías.  
Y tú también las recibes  
de tu afectísima amiga,  
que te aprecia y que lo es,  
Ana García y García.»

IV

Cabrera

Donde Dios nos dé un campo deleitoso  
levantamos los hombres una ermita,  
que así como el Edén es delicioso

porque el Señor lo habita  
el campo es más hermoso  
cuando el Dios que lo hizo lo visita.  
Dios quiso un día derramar verdura  
sobre los campos de Cabrera amenos,  
y aquella casta de la sangre pura,  
la rica casta de los hombres buenos,  
aquellos que la vida atravesaron  
con paso de viajero que no yerra,  
una ermita en Cabrera levantaron,  
y vivieron con Dios sobre la tierra.  
Era la raza cuya muerte lloro  
cuando con Dios para llorar me encierro,  
almas de acero, corazones de oro,  
pechos de cera y miel, brazos de hierro.  
Hijos de Dios y para Dios criados,  
conocieron a Dios; fueron piadosos;  
pidieron solo pan; fueron honrados;  
el mundo no los vio; fueron dichosos.  
Con Dios vivir supieron,  
y en Dios al fin morir. ¡Cuán sabios fueron!

Eran los campos su vivienda hermosa;  
los del hogar, sus pensamientos hijos;  
su eterno amor, la esposa;  
su eterno afán, los hijos;  
su instrumento, el arado;  
el bien querer, su natural deseo;  
y el bien obrar, su natural estado,  
y el Cristo de la ermita de Cabrera,  
su rey, su amor, su providencia era.  
La mano tosca y dura  
del anónimo artista  
que labrara la bárbara escultura  
supo infundir en ella,  
con sublime inconsciencia de vidente,  
las grandezas insólitas de aquella  
fe gigantesca de la vieja gente.  
Era el sagrado leño  
la visión infantil, místico sueño,  
mayestático símbolo imponente  
de la robusta concepción cristiana  
del alma ruda y sana  
que a Cristo-Dios en la conciencia siente.  
¡Nuestro Cristo es aquél! Nos lo legaron  
los rudos patriarcas  
que vivieron con Él y a Él consagraron  
las nativas y fértiles comarcas.

¡Nuestro Cristo es aquél! Éramos niños  
y los maternos labios rumorosos  
que cantando difunden los cariños  
y besando los sellan amorosos,  
nos cantaban con música de gloria  
y habla de oro que la suya era,  
la de prodigios peregrina historia  
del Cristo de la ermita de Cabrera.  
¡Nuestro Cristo es aquél! ¿Qué hermano mío  
en mi Patria nació que no haya amado,



si Dios para el amor los ha criado  
y siempre al bien su voluntad dispuesta  
hace nacer a la mujer honesta  
en la tierra feliz del hombre honrado?  
¿Y quién que tuvo amores  
en al tierra feliz de mis mayores  
del idilio amoroso no escribía  
la página primera  
en aquella famosa romería  
del Cristo de la ermita de Cabrera?  
¡Nuestro Cristo es aquel!

A correo vuelto  
(Al poeta José Rodao)

¿Sablazos entre poetas?  
¡No llega la sangre al río!  
Allá va ese libro mío  
que no vale dos pesetas...

¡Y no es modestia de autor,  
no, señor!  
¡Es que le faltan dos reales  
para tener de valor  
las dos pesetas cabaes!

¡Pero aunque ciento valiera!  
¡Bueno fuera!  
que siendo usted segoviano  
y siendo yo salmantino,  
no se hiciera honor entero  
a aquel dicho decidero,  
netamente castellano  
que dice «de herrero a herrero...»!  
(Si tiene algo suyo a mano...  
Y sabe usted, compañero.)

Allá van mis Campesinas  
con fraternal abrazo.  
¡Y gracias por el «sablazo»!  
¡Y dígame «sin pamplinas  
y sin gastar etiqueta»  
si es verdad que, bien tasadas,  
no valen las dos pesetas  
mal contadas!

¡Es tan saludable oír,  
si se dice la verdad,  
un «Deje usted de escribir  
por toda una eternidad»  
o un sincero  
«Siga por ese camino  
porque ese es el verdadero»!  
¡Es tan grato  
saber que a uno se le trata,  
no con perfidias de gato  
muy buenas... para la gata...

ni con falsa cortesía,  
ni con saña venenosa  
que el recio juicio extravía,  
ni con cegador cariño  
que envanece al hombre-niño,  
sino con un buen amor  
que exprese el justo sentir  
con un prudente decir  
sedante y educador!...  
¡Ganase tanto el que hablara!...  
¡Y aprendiera  
tanto el que bien escuchara  
la sincera  
voz leal que le ilustrara!

Pero bastan reflexiones;  
allá van mis Campesinas  
con esas dos condiciones:  
que me diga sin pamplinas  
y sin gastar «etiqueta»  
si es verdad que, bien tasadas,  
no valen las dos pesetas  
mal contadas,  
y que, como entre poetas  
«no llega la sangre al río»,  
y es gran dicho decidero  
el de que de «herrero a herrero...»  
Ya sabe, tocayo mío,  
lo que espero.

#### La «Galana»

I

¡Pobrecita madre!  
¡Se murió solita!  
Cuando vino el cabrero a la choza  
con la cabra «Galana» parida  
y el trémulo chivo  
sin lamer ni atetar todavía,  
vio a la madre muerta  
y a la niña viva.  
Sobre un borriquillo,  
sobre una angarilla  
de las del aprisco,  
se llevaron la muerta querida  
y él se quedó solo,  
solo con la niña...  
La envolvió torpemente en pañales  
de dura sedija,  
y amoroso la puso a la teta  
de la cabra «Galana» parida...  
—¡«Galana», «Galana»!  
¡Tate bien quietita!...  
¡Tate asín, que pueda  
mamar la mi niña!»  
Y la cabra balaba celosa,

por la fiebre materna encendida,  
y poquito a poquito, la teta  
fue chupando la débil niñita...  
¡Pobre cabritillo!  
¡Corta fue tu vida!

## II

Solita en el chozo  
se queda la niña  
mientras lleva el pastor las ovejas  
a pacer por aquellas umbrías.  
Cerca del chocillo  
pace la cabrita,  
nerviosa, impaciente,  
con susto, con prisa,  
y si el viento le hiere el oído  
con rumores de llanto de niña,  
corre al chozo balando amorosa,  
se encarama en la pobre tarima,  
se espatarra temblando de amores,  
se derringa balando caricias  
y le mete a la niña en la boca  
la tetaza henchida  
que derrama en ella  
dulce leche tibia...  
¡Qué lechera y qué amante la cabra!  
¡Qué robusta y qué santa la niña!

## III

¿Serían los lobos?  
¿Algún hombre perverso sería?  
Una tarde la cabra «Galana»,  
la amante nodriza,  
se arrastraba a la puerta del chozo  
mortalmente herida.  
Allá adentro sonaron sollozos,  
sollozos de niña,  
y un horrible temblor convulsivo  
agitó a la espirante cabrita,  
que luchó por alzarse del suelo  
con esfuerzo de angustia infinita.  
Y en un último intento supremo  
de sublime materna energía,  
que arrancó dolorosos acentos  
de la cencerrilla,  
y en un largo balido amoroso...  
¡se le fue la vida!...

## IV

Ni leche de ovejas  
ni dulces papillas,  
ni mimos, ni besos...  
¡Se murió la niña!

¡Esta vez quedó el crimen impune!  
¡Esta vez no brilló la justicia!

#### El amo

En el nombre de Dios que las abriera,  
cierro las puertas del hogar paterno,  
que es cerrarle a mi vida un horizonte  
y a Dios cerrarle un templo.

Es preciso tener alma de roca,  
sangre de hiena y corazón de acero,  
para dar este adiós que en la garganta  
se me detiene al bosquejarlo el pecho.

Es preciso tener labios de mártir  
para acercarse a ellos  
la hiel del cáliz que en mi mano trémula  
con ojos turbios esperando veo.

Ya está solo el hogar. Mis patriarcas  
uno en pos de otro del hogar salieron.

Me los vino a buscar Cristo amoroso  
con los brazos abiertos...

#### Canción

No piense nunca el lloroso  
que este cantar dolorido  
es un capricho tejido  
por la musa de un dichoso.  
No piense que es armonioso  
juego de un estro liviano;  
piense que yo no profano,  
ni con mentiras sonoras,  
las penas desgarradoras  
del corazón de un hermano.

Una canción de dolores  
me piden mis padeceres,  
tal como ayer mis querer  
pidieron cantos de amores;  
que así como son mayores  
si se cantan los contentos,  
así los tristes acentos  
de las trovas doloridas,  
si no curan las heridas,  
amansan los sufrimientos.

Mis penas son tan vulgares  
como esas espinas duras  
que erizan las espesuras  
de todos los espinares.  
Más hondas son que los mares

Más hondas y más sombrías  
que un horizonte sin días,  
pues no hay abismo tan hondo  
como el abismo sin fondo  
de unas entrañas vacías.

Dios me las hizo de fuego...  
¿Por qué no les dio dureza  
si quiso su fortaleza  
probar golpe a golpe luego?  
¿Por qué enriqueció con riego  
de sementera de amores  
huerto que sabe dar flores,  
si luego le manda días  
de matadoras sequías  
y vientos asoladores?

¡Ay! Al llegar a las puertas  
de la tarde de mi vida,  
voz de los cielos venida  
me ha dicho: «¡Ya están abiertas!  
¡Entra y sigue, y no conviertas  
la mente a tiempos mejores,  
que en vez de aquellos amores  
de santidades pristinas  
verás las desiertas ruinas  
del solar de tus mayores!»

«¡Mejor es cegar, Dios mío!  
¡Mejor es ir paso a paso  
cayendo hacia el propio ocaso  
solo, con pena y con frío!  
¡Mejor es ir al vacío  
que a ruinas y sepulturas!  
¡Mejores son las negruras  
de la noche más sombría,  
que las negruras del día,  
que son dos veces oscuras!»

Así, loco de dolor,  
dije con vil vocecilla...  
¡Esto que tengo de arcilla  
fue quien lo dijo, Señor!  
Pero esto que es resplandor  
de Ti, venido hasta mí,  
cuando tu rayo sentí  
bien sabes Tú que te dijo:  
«¡Señor! ¡La frente del hijo  
tienes rendida ante Ti!»

Con solo llorar mi suerte,  
con solo dejar abierta  
de tal herida la puerta,  
muriera de triste muerte.  
Mas, hijo yo del Dios fuerte,  
me he resignado a vivir,  
y voy dejándome ir  
sobre el polvo de la senda  
caminando a media rienda

por el campo del sentir.

Porque si rindo la frente  
sobre las manos crispadas,  
si hacia las ruinas sagradas  
dejo que vaya la mente,  
si de mi llanto el torrente  
dejo que anegue mi vida,  
si abriese más esta herida  
que en lumbre de fiebre arde,  
viviera como un cobarde,  
muriera como un suicida.

¡Quiero vivir! Las dulzuras  
de los gozados placeres,  
con hieles de padeceres  
se toman del todo puras.  
Visión de mis desventuras:  
¡Yo no te cierro mis ojos!  
Camino de los abrojos:  
¡yo no me cubro las plantas!  
Cruz que mis hombros quebrantas:  
¡yo te acepto sin enojos!

¡Quiero vivir! Dios es vida.  
¿No veis que en vida convierte  
la ancianidad que en la muerte  
cayó con dulce caída?  
¿No soy yo vida nacida  
de vidas que a mí se dieran?  
Pues vidas que en mí se unieran,  
si vivo, no han de morir,  
¡por eso quiero vivir,  
porque mis muertos no mueran!

¡Y no morirán conmigo,  
que el huerto de mis amores  
está rebosando flores  
que pinta Dios y yo abrigo!  
¡Y atrás el cierzo enemigo  
de esas mis vivas canciones,  
pues son santos eslabones  
de una cadena florida  
para corona tejida  
del Dios de las creaciones.

¡Quiero vivir! A Dios voy  
y a Dios no se va muriendo,  
se va al Oriente subiendo  
por la breve noche de hoy.  
De luz y de sombras soy  
y quiero darme a las dos.  
¡Quiero dejar de mí en pos  
robusta y santa semilla  
de esto que tengo de arcilla,  
de esto que tengo de Dios!

## Dos nidos

Enfrente de mi casa yace en ruinas  
un viejo torreón de cuatro esquinas,  
y en este viejo torreón derruido  
tiene asentado una cigüeña el nido.  
¡Y parece mentira, pero enseña  
muchas cosas un nido de cigüeña!

Por el borde del nido de mi cuento,  
donde reina una paz que es un portento,  
asoman el pescuezo noche y día  
los zancudos cigüeños de la cría.  
Cuando los deja la cigüeña madre,  
trae alimentos el cigüeño padre,  
y cuando con su presa ella regresa,  
vuela el padre a buscarles otra presa;  
y de este modo la zancuda cría  
en banquete perenne pasa el día.

Estaba yo una tarde distraído  
desde mi casa contemplando el nido,  
cuando del campo regresó cargada  
la solícita madre apresurada.  
Presentó con orgullo ante su cría  
una culebra muerta que traía,  
y mientras sus hijuelos la «trinchaban»  
y, defendiendo la ración, luchaban,  
reventaba la madre de contenta  
mirándolos comer... ¡y estaba hambrienta!

¡Y cómo demostraba su alegría  
viendo el festín de su zancuda cría!  
¡Qué graznidos, qué dulces aletazos  
y qué cariñositos picotazos  
les daba a aquellos hijos comilones  
que estaban devorando sus raciones!

Al ver desde mi casa aquella escena,  
llena de amor y de ternura llena,  
bendije al nido aquel, y, ¡lo confieso!,  
estuve a punto de tirarle un beso.  
Ahogué mi beso, pero tristemente  
me dije por lo bajo de repente:  
«¡Quizás haya en el mundo quien querría  
convertirse en cigüeño de la cría!»

Cerca del viejo torreón derruido  
en donde está de la cigüeña el nido,  
hay otro nido, pero nido «humano»  
que habita la familia de un cristiano.

El mismo día y a la misma hora  
en que la escena aquella encantadora  
del nido de la torre yo admiraba  
y un beso con los ojos le enviaba,  
del otro nido humano un rapazuelo  
salía sollozando sin consuelo.  
Una mujer de innoble catadura

salió tras la harapienta criatura,  
cruzóle el rostro, la empujó hacia fuera,  
metióse en casa y la dejó en la acera.

-¿Por qué te echan de casa, rapazuelo?  
-le dije al verlo, y contestó el chicuelo:

-Porque a pedir limosna había salido  
y un poco pan «na» más hoy he traído,  
y dinero me dice que le traiga,  
y que vaya a buscarlo «ande» lo «haiga».

Alcé los ojos sin querer al nido  
del solitario torreón derruido,  
y dije, contemplando aquella escena  
y aquella madre cuidadosa y buena:  
«Si este niño pensara, ¿no querría  
convertirse en cigüeño de la cría?

#### La tregua

Ya pasaron, ya pasaron  
las plúmbeas modorras esas  
del sol de julio, que inflama;  
del sol de agosto, que tuesta;  
de aquel, que la espiga dora,  
y de éste, que la platea.

Y tú, labrador, ya tienes,  
ya tienes aquí la tregua.  
Siéntate un rato y descansa  
de tu casita a la puerta,  
y bebe allí con tu gente  
brisas de tarde serena,  
que el amor quita pesares  
y el aire sudor orea,  
y no es tu cuerpo de mármol,  
ni es la tuya alma de fiera,  
que treguas aquel demanda  
y ésta te pide querencia.

Ya tienen nubes los cielos  
y ya las tardes son frescas,  
y está al rastrojo el ganado,  
y están barridas las eras,  
y están en casa los viejos,  
y están los mozos de fiesta,  
y Dios está en todas partes...  
y el trigo está en la panera.

Mal te conocen los hombres  
que, porque tienes en ella  
puestos el alma y los ojos  
de avaro y ruin te motejan.

Pensaran con más cordura  
si lo que guarda supieran



ese recinto modesto,  
donde el sentido ventea  
auras de pobreza y orden  
con efluvios de limpieza.

Ignoran que ahí tienes armas  
para matar la miseria,  
tienes tu honor de hombre honrado  
fiel pagador de tus deudas,  
puntal de la pobre patria,  
sostén de holguras ajenas...

Ignoran o no meditan  
que en ese rincón encierras  
todo el sudor de tu frente,  
todo el fruto de una brega  
que acaba con el estío  
y en el otoño comienza,  
que deja el alma aplastada  
y el cuerpo rendido deja.

Ignoran que ahí tienes cosas  
que valen tu dicha entera:  
¡el pan de los hijos débiles  
y el pan de la esposa buena!  
Que aunque de modo tan rudo  
decírtelo yo no deba,  
porque parece pecado,  
pecado de alma grosera,  
te lo diré rudamente,  
como la vida lo reza:  
¡Si quieres tener amores,  
tienes que tener panera!

No extraño que tengas puestos  
los ojos y el alma en ella,  
ni que la mires avaro,  
ni que su puerta defiendas,  
que en ello te va la dicha  
y en ello la vida juegas.

¡Arriba otra vez, arriba!  
Muy breve ha sido la tregua,  
pero es larga del trabajo  
la abrumadora cadena,  
y nadie romperla debe,  
que a Dios le toca romperla.

¡Arriba!, que ya te llaman  
las campesinas faenas,  
que ya la lluvia de otoño  
bañó la tierra sedienta,  
que hay brumas por las mañanas  
en los picos de las sierras,  
que ya los amaneceres  
lloran rociadas frescas;  
que ya se inicia en los campos  
el apuntar de la hierba,  
y el sonreír de las aguas

y el son de las alamedas.

¡Arriba!, que el sol es tibio;  
las nubes, blancas guedejas;  
intensas las humedades  
y sana la brisa cierza...,  
y a gloria sabe el ambiente,  
y a música el campo suena,  
y huelen las tierras húmedas  
a tierra de sementera.

Mueve tu gente con prisa,  
vuelve otra vez a la brega,  
requiere aperos y yuntas,  
abre la limpia panera  
y suenen en los corrales,  
y suenen de nuevo en ella,  
ruidos de palas y harneros  
que las simientes asean,  
tonadillas entre dientes,  
pláticas sobre la siembra,  
silboteos sonorosos,  
golpes de mazos y azuelas,  
que aprietan, taján y embuten  
cinchos, cuñas y orejeras...

Y devorando el almuerzo,  
y unidas ya las parejas,  
el jarro de agua agotado,  
sobre un hombro la chaqueta,  
en la izquierda la agujijada  
y un mendrugo en la derecha,

comiendo tras de la yunta  
que arado y simiente lleva,  
¡vete a verterla en el seno  
de aquellas húmedas tierras  
que otoño bañó con lluvias  
y tú con sudores riegas!  
Muy larga la brega ha sido,  
muy corta ha sido la tregua,  
pero sujetos estamos  
del trabajo a la cadena,  
y nadie romperla debe,  
que a Dios le toca romperla.

**Libros Tauro**

<http://www.LibrosTauro.com.ar>